

Hermano Émile

«Arrraigados
y fundados
en Cristo»

Cuatro capítulos breves componen
la Epístola a los Colosenses.

San Pablo ¿es verdaderamente el autor de esta epístola? Los argumentos de los que ponen en duda su autenticidad son bastante débiles en su conjunto. Tenemos derecho de pensar que este texto es verdaderamente de Pablo, aunque Timoteo haya jugado tal vez un papel importante en su redacción. Leemos efectivamente al principio de la epístola: «Pablo, apóstol de Jesucristo por la

voluntad de Dios, y Timoteo, el hermano, a los santos de Colosas, los hermanos fieles en Cristo; a vosotros gracia y paz de parte de Dios, nuestro Padre» (1,1-2).

Un posible escenario

He aquí un posible escenario en la composición de la Epístola a los Colosenses. Pablo no es el fundador de la Iglesia que está en Colosas. El fundador es Epafras. Él está en cautiverio con Pablo. En la epístola a los Colosenses, San Pablo habla de Epafras dos veces: «su amigo y compañero de servicio» (1,7) y precisa que fue gracias a él que los Colosenses «recibieron en la verdad la gracia de Dios.» (v. 6). La segunda mención de Epafras se encuentra en el capítulo 4, v. 12: «Epafras, este servidor de Jesucristo, que es de vuestra tierra y que no cesa de llevar por vosotros el combate de la oración».

Y he aquí que noticias de Colosas le llegan a Epafras en su cautividad. Es posible que estas noticias las trajera Onésimo, el esclavo de Filemón, el *protagonista* de la *Carta a Filemón*, y que se unió a Pablo y a Epafras en su cautiverio. Hay buenas razones para creer que el dueño de Onésimo, Filemón, es de Colosas.

Podemos pensar que Epafras convenció a Pablo para que interviniera y usara su autoridad como apóstol en la crisis que estalló en Colosas. Ciertos exegetas suponen que Pablo se sirvió de Onésimo (y de Tíquico, ver Colosas 4,7) para llevar la carta a los Colosenses. Confíandole al mismo tiempo una carta de recomendación para Filemón.

Por otra parte, Pablo se da cuenta, a causa de la crisis en Colosas, que problemas análogos podrían surgir en otras partes y que sería deseable redactar una carta circular que volviera a tomar los mismos temas. Esta carta circular es la Epístola a los Efesios.

La Epístola a los Colosenses menciona a Tíquico (4,7) que debe llevar a los Colosenses noticias de Pablo y reconfortarlos. En el capítulo 4, v. 9, se dice que Onésimo lo acompaña. Podemos permitirnos pensar que Tíquico y Onésimo van hacia Colosas con tres o hasta con cuatro cartas: la carta de recomendación para Onésimo (Carta a Filemón), la Carta para los Colosenses, nuestra epístola, tal vez otra carta para la Iglesia de Laodicea (ver Colosenses. 4,16), y la Epístola a los Efesios, carta circular que Tíquico debe llevar a Hierápolis, Éfeso y otras ciudades de Asia menor.

Una carta de cautividad

Evocamos el cautiverio de Pablo y de Epafras. ¿Pero de qué cautividad se trata? Saber responder a esta pregunta permitiría fechar la Epístola a los Colosenses. «La opinión corriente sitúa Colosenses con Filemón y Efesios así como Filipenses en la última parte del ministerio de Pablo, en la época de su primer cautiverio romano» (de 61 a 63). Es la opinión de la Traducción ecuménica de la Biblia (TOB). Otros prefieren pensar en una cautividad en Éfeso alrededor del año 55. Esto explicaría más fácilmente el vaivén entre Éfeso, Colosas, Laodicea y otras ciudades de la región. Esto también explicaría el silencio

de la epístola sobre el terremoto que destruyó la ciudad de Colosas en el año 61. Otros evocan una cautividad en Cesarea. El estado actual de nuestros conocimientos no permite zanjar esta cuestión con certeza.

¿Contra qué errores combate Pablo?

¿Qué declaraciones se profirieron en Colosas que perturbaron a la comunidad cristiana fundada por Epafras? ¿Y qué sabemos de sus autores? Ciertos datos son bastante precisos para fundamentar algunas hipótesis. Otros no tanto y los especialistas son prudentes. Lo que es seguro es que en la región donde se sitúa Colosas, en el sur de Firiya, hay un interés por la magia, los misterios y los éxtasis.

Podemos imaginar que los paganos convertidos a la fe cristiana por Epafras, separados de su responsable encarcelado, eran presa fácil de los que les proponían medios más rebuscados para alcanzar la perfección.

La madurez cristiana

Perfección. La palabra «teleos», que se puede traducir por «perfecto», «cumplido» vuelve constantemente a lo largo de la epístola. De allí la propuesta de un exegeta americano¹ de ver al centro de esta epístola la cuestión

¹ L. T. Johnson, *The Writings of the New Testament: An Interpretation*, SCM Press, Rev. ed., 1999, p. 395.

de la madurez cristiana: ¿Sobre qué fundamento se edifica? ¿La fe en Cristo es suficiente? ¿O habría además que combinarla con algunos coadyuvantes? ¿Qué es lo que permite crecer, engrandecerse hacia el pleno cumplimiento de lo que Dios prometió? La palabra «crecimiento» está muy presente en la epístola. Son estas cuestiones las que constituyen el meollo del debate.

Pablo quiere que los Colosenses sean «perfectos», «maduros» en Cristo. Leemos en Colosenses 1,28: «Es él a quien anunciamos, advirtiendo a cada uno, instruyendo a cada uno en toda sabiduría, con el fin de que cada uno sea *perfecto* en Cristo». También en el capítulo. 4, v. 12 al igual que en otras partes de la epístola son numerosas las palabras ligadas al crecimiento: Los Colosenses deben *crecer* en el verdadero conocimiento de Dios (1,10) y *el crecimiento* dado por Dios al Cuerpo (2,19).

Pero la palabra «madurez» tal vez no es bastante sugestiva. Puesto que percibimos que, detrás de la agitación que hay en Colosas, hay una inquietud respecto a lo que quizás llamaríamos en nuestros días “plenitud”. Estamos pues frente a un deseo de ir lo más lejos posible en la vida espiritual, un deseo teñido de inquietud y de angustia. Si hay algo que esté muy cercano en nuestra época a esta epístola, me parece que es esa inquietud ligada a un deseo de plenitud. Los que sembraron la confusión a los Colosenses supieron utilizar hábilmente esa inquietud. ¿Queréis ser perfectos? ¿Queréis alcanzar la verdadera perfección? ¿Queréis conocer una plenitud? Entonces os hace falta más que a Cristo que os anunció Epafras. Cristo es sólo para los principiantes. Os hace falta conocer cosas

secretas, os hacen falta prácticas ascéticas que no están al alcance de todos.

San Pablo denuncia las trampas de la “filosofía” (2,8). No el esfuerzo de pensar el mundo y la realidad humana, sino las especulaciones religiosas que querrían imponer a los cristianos de Colosas. La palabra filosofía en la época designaba todo sistema religioso². Para ciertos expertos, se trataría de un principio de gnosticismo, para otros de las religiones místicas venidas del helenismo, para otros de un judaísmo de tipo eseniano o incluso apocalíptico. Me parece que la respuesta más aclaradora es la de P. Aletti que indica que «la incapacidad en la que se encuentran las críticas a reconocer el trasfondo religioso y cultural del error [combatido por Pablo] no es tanto por la ausencia de sagacidad de éstas sino por la manera en la que el Autor procede, ensanchando el campo de sus observaciones para que éstas puedan valer en situaciones diversas y diferentes.» Pablo querría pues que el contenido de esta epístola pudiera ser válido en situaciones similares a las de los Colosenses. Podemos de todas maneras precisar que al centro de la cuestión se encuentra «la importancia dada a la mediación y al poder de los seres celestes». Es la causa o la raíz del mal que la Epístola a los Colosenses querría curar.

Todo lo que pueda hacer creer que Cristo no basta por sí solo, es combatido por Pablo. En el fondo se trata de un combate por la primacía de Cristo. Un combate para hacer reconocer la plenitud que está en Cristo y sacar de ello todas las consecuencias. Porque esta plenitud, que es la de Cristo, es de la cual los Colosenses fue-

² Norbert Hagedé, *L'Épître aux Colossiens*, Labor et Fides, 1968, p. 111.

ron colmados. No tienen porqué buscar en otra parte. Comprendemos mejor entonces el papel del himno que se encuentra en el primer capítulo y que recalca el lugar singular que ocupa Cristo:

Es la imagen del Dios invisible, El primogénito de toda criatura, porque en él todo ha sido creado, en el cielo y en la tierra, los seres visibles como los invisibles, Tronos y Soberanías, Autoridades y Poderes. Todo es creado por él y para él, y él es él, por delante de todo; todo es mantenido en él, y él es, él, la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia. Él es el comienzo, Primogénito de entre los muertos, con el fin de tener en todo, él, la primera fila. Porque gustó a Dios hacer vivir en él toda plenitud y reconciliar todo por él y para él, y en la tierra y en el cielo, habiendo establecido la paz por la sangre de su cruz. (v.15-20)

Hay que leer también 2,9-10: «Porque en él vive toda la plenitud de la divinidad, corporalmente, y vosotros os encontraréis plenamente colmados en el que es el jefe de toda Autoridad y de todo Poder.» Todos estos versículos quieren concienciar de la inmensidad del don ya concedido en Cristo. Todo lector de esta epístola, todo bautizado, está llamado a este conocimiento que debe suscitar el reconocimiento. La verdadera madurez consiste en eso. Podemos entender esta palabra «reconocimiento» en su significado doble: toma de conciencia e identificación del don y, también, gratitud por dicho don. Si se tiene en cuenta esto comprenderemos sin duda mejor porqué el canto, la alabanza y la oración ocupan un sitio tan importante en esta epístola. Pero volveremos a ello.

Arraigados y fundados en Cristo

Leamos ahora 2,7: «Estad arraigados y fundados en él, firmes así en la fe tal y como os lo enseñamos, y desbordantes de reconocimiento.» Y el versículo 6: «Continuad pues vuestro camino en Cristo, Jesús el Señor, tal y como lo recibisteis». ¿Qué llamada comprendemos en estos versículos? El «pues» del v. 6 reenvía a todo lo que se ha dicho sobre la plenitud. Todo lo que sigue después está ligado a lo expuesto en el capítulo 1. Es en la plenitud que hay que encontrar sus raíces; es a partir de ese don que hay que construir y ver la vida y enfocar las relaciones que podemos tener con los demás. De aquí surge la parte ética de los capítulos 3 y 4.

Esta llamada al arraigamiento no es evidente para nuestros contemporáneos. Va, en efecto, a contra corriente de una parte de nuestra cultura.

Otro escrito neotestamentario conjuga esta noción de plenitud con la de arraigamiento. Puede ayudarnos a comprender la naturaleza del arraigamiento que se le pide al cristiano. Puede ser útil referirse a él para comprender mejor de qué se trata.

Un rodeo por San Juan

La plenitud presente en Cristo está recalcada desde el capítulo 1 de San Juan, en el prólogo que de cierta manera recapitula todo su Evangelio: «De su plenitud todos hemos recibido, gracia sobre gracia» (1,16).

Lo que equivale al arraigamiento de Pablo, son las

palabras de Jesús en el capítulo 15 de San Juan sobre la vid y las múltiples llamadas para que permanezcamos en él o en su amor: «Yo soy la vid, vosotros sois los sarmientos: el que permanece en mí y yo en él, ése dará fruto en abundancia porque, fuera de mí, no podéis hacer nada» (15,5-6). Un poco después leemos: «Así como el Padre me ha amado, yo también os he amado; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (v. 9-10).

Hay que poder ver cómo «mandamiento» y «amor» van juntos. No es evidente en nuestros días ver yuxtapuestas estas dos palabras. ¿El amor no es espontáneo? ¿No nace del corazón? ¿Cómo puede estar ligado a un mandamiento?

Para responder a estas preguntas y mostrar que la fe cristiana no es un asunto de pura heteronomía³ es útil leer de cerca este texto de San Juan. Observaremos primero que la palabra «mandamiento» tiene un sentido específico en San Juan. No se trata simplemente de una «orden». Su sentido específicamente bíblico y joánico aparece cuando vemos que en el capítulo 14, Juan utiliza «palabra» allí donde emplearía en el mismo contexto la palabra «mandamiento»: «Si alguien me quiere, observará mi palabra, y mi Padre le querrá; vendremos a él y estableceremos en su casa nuestra morada» (14,23). Comprendemos ya mejor que «guardar la palabra» es otra cosa que ejecutar una orden. Para guardar una

³ El diccionario de la Real Academia Española da esta definición: «Condición de la voluntad que se rige por imperativos que están fuera de ella misma.»

palabra, ser fiel a un mensaje en un contexto inédito, hace falta inteligencia, creatividad. Guardar la *palabra* o el *mandamiento* de Cristo, (que dirá en el mismo capítulo que no nos llama «servidores» sino «amigos»), es comprender desde el interior el sentido de la vida de Cristo, querer que su mensaje sea la fuente de nuestra vida, de nuestra libertad, de nuestras iniciativas.

No nos encontramos pues ante una pasividad pura, como si tuviéramos sólo que ejecutar lo que está escrito en un libro. Ved más bien cómo el mandamiento a amar llama a nuestra inteligencia para discernir lo que amar quiere decir y que puede cambiar según el contexto. La delgadez de los libros evangélicos atestigua la confianza que Dios nos da para discernir el mejor camino. Todo no está escrito. El mandamiento de «amar» está escrito. Indica una dirección muy clara para quien quiere ser discípulo de Cristo. Pero, cuando se trata de comprender cómo ponerlo en práctica, todas nuestras facultades serán solicitadas: inteligencia, tacto, conocimiento, sensibilidad...

El otro no es un límite de mí

Puede ser necesario decir estas cosas hoy en día porque la noción de autonomía que está al centro de nuestra cultura contemporánea es a menudo comprendida de manera muy superficial, como si toda aportación exterior, toda relación, todo intercambio, fuese enemigo de esta autonomía. ¡Qué concepción tan extraña de la persona!

Es cierto que hay una parte de heteronomía en la fe cristiana, ya que nos referimos a Otro, buscamos su voluntad y guardamos su Palabra. Pero este Otro es también, según nuestra fe, el Creador. Esta unidad del Redentor y del Creador siempre fue esquivada para los gnósticos. Al P. de Montcheuil le gustaba decir: «Si no somos autónomos con respecto a Dios, es porque él no es heterónimo con respecto a nosotros; Él es lo suficientemente trascendente para ser inmanente en nosotros y para que obedeciendo a la ley obedezcamos a una ley que salga de nosotros y que sea interior». Decía también: «Dios es lo suficientemente trascendente para que nos sea inmanente». Procura así decir que la trascendencia de Dios no es ni distancia ni alejamiento sino que es lo que le permite salvar toda exterioridad, abolir toda distancia.

Todo esto no es para negar la tensión que vivimos en nuestra relación al Evangelio. El Evangelio nos zarandeja, nos saca de nosotros mismos, nos desafía. Pero no es para alienarnos de nosotros mismos; es para que despertemos a lo que hay de más profundo y de más verdadero en nosotros. Podemos en este sentido recordar las palabras de E. Mounier: «El otro no es un límite de mí, sino la fuente de mí».

Cuando hablamos de arraigamiento debemos tener esto bien presente y no ceder a oposiciones falsas. ¿Quién tendría la idea de oponer un árbol que se eleva recto y sus raíces? ¿No es absurdo pensar que las raíces pueden ser el enemigo del tronco? Nuestro arraigamiento en Cristo es lo que nos constituye y nos enriquece infinitamente. Cristo no es un límite; nuestra relación con él es

la relación que se mantiene con una fuente infinita, con una tierra nutritiva.

«Tal y como lo habéis recibido»

Se trata de estar arraigados en la fe en Cristo tal y como los Apóstoles nos la transmitieron. Tenemos aquí una palabra clave para decir el proceso de tradición. Se trata aquí de «recibir». Pablo dirá en un pasaje famoso de la Primera a los Corintios: «Recibí del Señor lo que os transmití» (11,23).

Hay una fidelidad con aquello que heredamos, que nosotros no constituimos sino que nos constituye. Al mismo tiempo, no hay que perder de vista que es la actualidad de la plenitud presente en Cristo que debe aparecer, lo que supone conjugar una fidelidad doble: fidelidad absoluta a los orígenes por una parte, el fundamento que permanece, y, por otra, la exigencia de volverse todo para todos (I Corintios 9,22).

Así, al poner de manifiesto la novedad inaudita que aporta Cristo Jesús nos convertimos en agentes de lo que los cristianos llaman la «Tradición». Dejarse habitar por la novedad de Cristo hace descubrir cómo habitar mejor nuestra época; acoger las preguntas de nuestros contemporáneos puede hacer que descubramos mejor virtualidades insospechadas de esta misma novedad.

Si para los Apóstoles Cristo es toda plenitud, nunca puede ser menos que eso en ninguna época. Un universo que descubrimos infinitamente más grande y más antiguo que el que nuestros antepasados, incluso cercanos,

podían imaginar llama a una nueva conciencia y a una nueva expresión de la plenitud de Cristo. Las grandes intuiciones de Teilhard de Chardin sobre la «necesidad de un Cristo más grande para un mundo más grande» nacieron de su meditación de las Epístolas de cautividad de San Pablo.

Tradición e historia

En la fe cristiana, Tradición no es repetición. He aquí lo que escribía el cardenal Congar, uno de los que más ha estudiado esta realidad:

La Tradición está viva porque está sostenida por espíritus vivos, y que viven en el tiempo. Encuentran en su época problemas o adquieren recursos que les llevan a dar a la Tradición o a la verdad que ella contiene, las reacciones y las formas de una cosa viva: adaptación, reacción, crecimiento, fecundidad. La Tradición está viva porque es mantenida por espíritus que viven de ella en una historia que es actividad, problemas, cuestionamientos, confrontaciones, aportaciones nuevas, exigencias de respuestas.

Para comentar cómo la conciencia de lo que ha sido dado en Cristo debe desplegarse en un esfuerzo, no sólo de conservación sino de desarrollo, Congar hace un uso afortunado y sugestivo de un texto de Efesios en el cual, al igual que en nuestra epístola a los Colosenses, se trata de una cuestión de plenitud:

«Nos es dado pero también pedido «comprender junto con todos los santos, lo que es la Anchura, la Lon-

gitud, la Altura y la Profundidad, conocer el amor de Cristo que trasciende todo conocimiento y entrar por medio de nuestra plenitud en la Plenitud total de Dios» (Efesios 3,19). Saco estas palabras de *La Tradición y la vida de la Iglesia*. En el prefacio de la edición de 1984, Congar precisaba: «el único modo de decir lo mismo en un contexto que ha cambiado es decirlo de otro modo.»

La creatividad de Pablo

No es difícil darse cuenta en la vida de Pablo de la capacidad formidable que tenía para ser inventivo en las situaciones más diversas. Pensad en Hechos 17, donde se ve a Pablo zambullido en la cultura griega en el Areópago, y a su deseo de anunciar a los atenienses «al dios desconocido» que ellos buscan sin saberlo. Es el mismo Pablo quien dirá a los Romanos: «No os conforméis con el mundo presente, sino sed transformados por la renovación de vuestra inteligencia, para discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que está bien, lo que le es agradable, lo que es perfecto» (Romanos 12,2). Se ve aquí el papel dado a la inteligencia, al discernimiento. Hay una llamada a pensar, a ser creativos. Tarea exaltadora...

La Epístola a los Colosenses es un ejemplo elocuente de la creatividad de Pablo. Sin limitarse al vocabulario o a los conceptos bíblicos, Pablo supo hacer uso de nociones que venían de corrientes de pensamiento conocidos por sus oyentes⁴. Se sirve de ellos para decir la plenitud que está en Cristo. Diseminó a lo largo de la epístola

⁴ Por ejemplo al estoicismo con «Marchad» en 2,6 o a los platónicos con la sombra y la realidad en 2,17.

palabras que son como puentes hacia otros universos, pero es un apóstol el que las emplea. Permanece fiel a su intención: mostrar que Cristo es el fundamento, la «realidad» (Colosenses 2,17); los que, por el bautismo, han sido transferidos en él (1,13) en la comunidad cristiana tienen acceso a la plenitud que está en Cristo. A veces nos hemos equivocado a causa de este vocabulario nuevo y hemos creído que Pablo comprometía la especificidad de la fe cristiana. Era sin duda alguna subestimar la parte creativa del apóstol y no ver que este vocabulario está puesto al servicio de un contenido nuevo.

«Firmes en la fe»

«El único medio para los Colosenses de llevarse la victoria de la fe, es permanecer fiel a las enseñanzas recibidas.» La epístola concede un gran lugar a la inteligencia, al verdadero conocimiento. Los Colosenses deben penetrar el sentido de la enseñanza que recibieron, no para acumular conocimientos, sino con el objetivo de caminar en la fe y vivir de manera conforme al Evangelio. La enseñanza debe conducir a la fe. Una fe que renuncia a buscar el sentido es, a la larga, una fe sin futuro. Desde luego, el testimonio vivido permanece «el fundamento inquebrantable del cristianismo», pero la advertencia de F. Varillon sigue válida: «el fideísmo es el sepulturero de la fe.»

La acción de gracias

Un medio para estar firmes en la fe, arraigarse en la fe, es vivir en la acción de gracias: «sed desbordantes de acción de gracias» (2,7). Imaginamos, sin dificultad, cómo esta invitación de Pablo es una respuesta a la inquietud suscitada por los falsos doctores de Colosas. Utilizaron esta inquietud para hacer creer a los Colosenses que les faltaba algo para llegar a la plenitud. Para valorizar el don ya concedido a los Colosenses, Pablo los invita al reconocimiento; con este signo, el reconocimiento, se reconoce una madurez verdadera. Es sorprendente que la acción de gracias reaparezca en cada capítulo de nuestra breve epístola. Sin duda no hay mejor medio para dejar que la fe se arraigue en nosotros. Podríamos decir que dar gracias, es una manera de estar arraigado en la realidad. Quien da gracias es consciente de un don y es este don de Dios en Cristo que constituye lo más *real* de nuestra vida. La verdadera madurez cristiana se ocupa de lo real. Al contrario, la búsqueda de una plenitud a través de la multiplicación de prácticas esotéricas o ascéticas es la búsqueda de una «sombra». Hay que releer en este sentido el muy bello v. 17 del capítulo. 2 a propósito de tales prácticas: «todo esto no es más que la sombra de lo que debía venir, pero la realidad, es Cristo.» ¿Acaso Pablo sueña con la famosa cueva de Platón donde la gente se contenta con sombras cuando la realidad está en la entrada de la cueva? La búsqueda de los Colosenses se parece a esta búsqueda de la sombra. La realidad, el cuerpo, es Cristo. Es aquí dónde se encuentra la plenitud.

El combate de Pablo

Es otro tema importante de esta epístola. Pablo hace hincapié en su propio combate:

Encuentro mi alegría ahora en mis sufrimientos por vosotros, y completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne para su cuerpo, que es la Iglesia; de la que me hice ministro (...), es por eso que lucho sin parar, con su fuerza que actúa en mí poderosamente⁵ (1,24-29)

El v. 24: «Completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne para su cuerpo, que es la Iglesia» planteó a veces problemas y dividió a los cristianos. No se trata de pensar que le faltase algo a la plenitud de Cristo, como si su pasión pudiera necesitar un complemento. Tal pensamiento estaría en contradicción con lo que se ha dicho en los versículos precedentes. Lo que falta, dice Pablo, son las tribulaciones de Cristo «en mi carne» para su Cuerpo que es la Iglesia. Hay que seguir aquí a P. Aletti: lo que no está acabado es el combate de Pablo. Su combate tiene un sentido porque contribuye al crecimiento de la Iglesia⁶.

La Iglesia: lugar de crecimiento

La Iglesia está muy presente en esta epístola. Ella forma parte del Evangelio (ver 1,18a, y 2,19). Esto significa que para Pablo, el Evangelio no es solamente el itinerario de Cristo, sino su presencia entre las naciones, «presencia

⁵ Traducción de Jean-Noël Aletti, S. Paul, *Épître aux Colossiens*, 1993, p. 129.

⁶ Sobre este tema: Aletti, Saint Paul, *Épître aux Colossiens*, p. 136-137.

universal, factor de integración, de unidad, de vida, de crecimiento, hasta el punto de hacer de los creyentes una entidad única y definida cristológicamente (*el* cuerpo de Cristo)⁷».

En el Nuevo Testamento, la Iglesia es muy a menudo la Iglesia de una región, de una ciudad, de una localidad. Aquí, como en 1,18 y 2,19, se trata de la Iglesia universal. La plenitud de Cristo continúa estando presente en el mundo. De allí la importancia en 2,19 de estar unidos a la Cabeza. Pablo acarrea un combate por este crecimiento. Es también posible comprender, como lo hizo Pascal⁸, que Cristo en realidad nos asocia a su propio combate. Lo que él cumplió una vez para siempre todavía debe propagarse, ser comunicado a toda la humanidad y en todas las épocas. Para ello, necesita a personas que acepten entregarse al combate. De manera más general podemos pensar que evocando su propio combate, Pablo también quiere que los Colosenses se conciencien que sus vidas de fe, su arraigamiento implica una parte de combate.

En este tema del combate, hay un complemento necesario con respecto a lo que se ha dicho de la plenitud: la plenitud no nos dispensa del combate, no es una facilidad. No podemos más que temer una cierta manera de hablar de la fe que lo olvidaría. La paciencia es inherente a la fe. Dejar creer que la vida de fe es un idilio sólo puede conducir a grandes desalientos. Es este el riesgo que podría producirse cuando la diferencia entre el cua-

⁷ Aletti, p. 137.

⁸ « Jésus sera en agonie jusqu'à la fin du monde. Il ne faut pas dormir pendant ce temps-là. »

dro pintado del que habla de la fe y los que la viven en su pobreza es demasiado grande.

El desprecio

Este tema está ligado al de la madurez. Todo lo que es desprecio del otro Pablo lo entiende como una falta de madurez. El desprecio de los doctores de Colosas aparece en el capítulo. 2 en los v. 16-18:

Por eso nadie tiene que dar juicio sobre lo que coméis o bebéis, ni en cuestión de fiestas, lunas nuevas o sábados; eso era sombra de lo que tenía que venir, la realidad es Cristo. Que no vaya a descalificaros ninguno, que se recrea en humildades y devociones a ángeles, que se enfrasca en sus visiones y se hincha tontamente con quimeras.

El sentido del mensaje es claro: los que se prevalecen de ser más avanzados que otros a causa de sus visiones, de sus disciplinas, están hinchados de orgullo, es decir que no son espirituales en absoluto. Su falta de madurez es flagrante justamente en su desprecio hacia los demás. Pablo emplea un verbo en el v. 18 que no se utiliza en ninguna otra parte del Nuevo Testamento, y que viene del mundo del deporte, de los juegos de estadio: «descalificar» falsamente, por un error de arbitraje. Los que estudiaron de cerca este verbo concluyeron que su sentido era: frustrar a alguien de lo que le corresponde por derecho⁹.

Excluir al otro, despreciarlo muestra que no hemos

⁹ Hugedé, p. 147 y la nota 167 de la misma página.

comprendido nada de Cristo. La madurez para Pablo se expresa en el apoyo que nos damos los unos a los otros, en el amor fraterno, en el sentido de la comunidad. Es allí dónde la humanidad nueva toma forma. La *Primera Carta a los Corintios* es más explícita sobre este punto, aunque también en nuestra Epístola: «vestíos pues de sentimientos de compasión, benevolencia, humildad, dulzura, paciencia (...) Y por encima de todo, vestíos del amor: es el lazo perfecto. Que reine en vuestros corazones la paz de Cristo, a la cual todos habéis sido llamados en un solo cuerpo» (3,12-15). Una vida dirigida hacia esta llamada a ser *uno* es signo de madurez.

La ética cristiana: vivir como resucitados

«Si entonces habéis resucitado con Cristo, buscad las realidades de arriba: es allí dónde está Cristo, sentado a la derecha de Dios» (3,1) tenemos en este versículo como una especie de cuña que le permitirá luego a Pablo precisar en qué consiste «vivir como resucitados». Todo lo que se ha dicho de la plenitud que está en Cristo, de su primacía, del bautismo de los cristianos va a estar presente en esta parte ética. La epístola autoriza esta bella definición de la ética cristiana: ejercitarse en vivir como resucitados.

Aprendemos en esta parte de los Colosenses que crecer en Dios, madurar en Él y en la vida cristiana, no es acumular los éxtasis, ni acumular las prácticas esotéricas,

sino que la madurez se adquiere en el aprendizaje de la vida con los demás. Así se ha podido escribir: «El actuar ético es a la vez el fruto de la plenitud vivida con Cristo y el lugar donde esta plenitud se reconoce¹⁰».

No hay que equivocarse sobre el sentido de las palabras de la epístola que escuchamos la mañana de Pascua: «es arriba donde está vuestro objetivo, no sobre la tierra» «aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra» (3,1). No se trata aquí de una llamada para huir de lo terrenal o para abandonar las responsabilidades humanas. Hay que ver más bien aquí una llamada para comprender todo a partir de la resurrección. Es comprendiendo nuestra vida, la de los demás y la del mundo a partir de la resurrección que encontraremos la motivación justa para actuar.

Los cuatro primeros versículos del capítulo 3 constituyen una introducción en la que se encuentran dos temas que serán desarrollados en los v. 5-17. Hay que observar sin embargo que el desarrollo de estos temas se hace en el orden inverso del dado en la introducción. El v. 1 había comenzado con «estáis resucitados», para decir luego en el v. 3: «moristeis con Cristo». En el desarrollo, el autor comienza en el v. 5 con la muerte, para acabar luego con la vida según la resurrección, sin duda porque quiere acabar con lo positivo.

Las imágenes empleadas vienen del ritual del bautismo. Pablo comienza hablando de la muerte y de todo lo que en la existencia está relacionado con la muerte, lo que no tiene futuro: «el hombre viejo con sus prácticas» (v. 9): cólera, arrebatos, maldad, insultos, declaraciones

¹⁰Ibid. p. 216

groseras. No más mentiras entre vosotros; «despojaos de las artimañas del hombre viejo que está en vosotros».

Una nueva manera de ver el mundo

Les fue concedido los colosenses una nueva manera de vivir y de ver el mundo: «Habéis revestido al hombre nuevo, el que, para acceder al conocimiento, no deja de ser renovado a la imagen de su creador; allí, ya no hay griego ni judío, circuncisos ni incircuncisos, bárbaros, escitas, esclavos, hombre libre, sino Cristo: que es todo y está en todos» (3,10). Estas categorías en las cuales los humanos tienen la costumbre de repartir a sus hermanos son nombradas por Pablo, pero no son exhaustivas. Pablo da una lista más larga en Gálatas. Pero la superación de estas categorías sugiere la novedad radical que ha entrado en el mundo. Se trata de ver todo a la luz de esta novedad que es la resurrección. Es esto «buscar las cosas de arriba».

En los v. 12 al 17 del capítulo 3 se describe lo que es esta vida de resurrección. Observad el empleo de «revestíos» en el v. 12, inspirado también por el ritual del bautismo. ¿De qué hay que revestirse? ¿Qué es lo que expresa que hemos resucitados? La respuesta de la Carta es: una vida en la compasión misericordiosa, la bondad, la humildad, la paciencia, la caridad, la paz que reina en nuestros corazones (v. 12-15).

Es en este mundo que los Colosenses deben vivir y desarrollar relaciones nuevas. Es el tema de la parte

que va de 3,18 a 4,1. Recuperando nuestro tema de la madurez podríamos decir que la madurez no consiste en evadirse de este mundo y de sus estructuras¹¹, sino, en inventar nuevas relaciones cotidianas, en esa parte de la realidad que resiste a la novedad.

Algunos están molestos de no encontrar un mensaje más francamente revolucionario. Es verdad que Pablo parte del mundo tal y como es, con sus estructuras: el mundo griego, una sociedad patriarcal. Se ha señalado sin embargo el acento puesto en la reciprocidad. Hay en esto un nuevo aspecto. No hablamos solamente de la sumisión de la mujer a su marido, sino también de los maridos que deben «amar» a sus mujeres. La palabra ágape debe entenderse con toda su fuerza de servicio al otro. En cuanto a la relación dueño-esclavo, punto espinoso ya que la carta acompaña la vuelta del esclavo Onésimo a su dueño Filemón, si Pablo evoca la sencillez de corazón con la cual el esclavo debe servir, evoca también de manera más sorprendente lo que se espera del dueño: debe tratar al esclavo con justicia y equidad. Algunos reconocieron en esta llamada un elemento subversivo: no hay nada de este orden en la relación dueño-esclavo en el mundo antiguo. L. T. Johnson hace ver que todo el sistema social se relativiza porque se resitúa en el marco de la buena noticia. La estratificación social entra en tensión con un ideal comunitario donde no hay ni esclavo ni hombre libre, ni judío, ni griego (3,11). Observad el final del v. 18 en el capítulo. 3: «como se debe en el Señor». La relación con Dios llama a rever y a evaluar lo que conviene. No siempre se ha visto la novedad que

¹¹ Retomo aquí varias ideas de L. T. Johnson, *The Writings of the New Testament*, p. 399-400.

Pablo introduce en el seno del mundo antiguo y se le ha reprochado que legitimara un orden injusto. Pero estas palabras simples «como se debe en el Señor» implican un gran cambio ya que se trata primero de ser obedientes a Dios. Toda sumisión que se opusiera a esta obediencia a Dios debe ser rechazada. «En el Señor» significa que la estructura social está sometida al juicio crítico del Evangelio. El o la que quiere vivir el Evangelio sabe que hay tensiones que vivir en un mundo imperfecto. Esta epístola, en su parte ética, no deja que lo olvidemos.

Podemos maravillarnos al ver cómo esta epístola a los colosenses despliega de un solo movimiento la plenitud de Cristo, su papel cósmico, su primacía, y designa el lugar donde esta plenitud debe ser vivida: nuestras relaciones más cotidianas.